

a satisfacción esta necesidad, deleitará su alma, le instruirá no sólo en el idioma, sino en sus grandes enseñanzas, sabios consejos y el momento es oportuno.

No necesito encomiarte la lectura del «Quijote»; en sus páginas hallará tu hijo, venero inagotable para su fantasía: vigila su lectura que sea lenta; una página diaria es suficiente, hazle meditar sobre su contenido, ilústrale con las explicaciones que tu experiencia te enseñó, y al final de esta labor tan sencilla, tú mismo te asombrarás del resultado.

«Cuando un padre engendra y mantiene a sus hijos, no hace más que el tercio de sus funciones. Debe a su especie hombres; debe a la sociedad hombres sociales y debe ciudadanos al Estado. Todo hombre que puede satisfacer esta triple deuda y no lo hace, es culpable, y más culpable acaso cuando la paga a medias. Ningún derecho tiene para ser padre, quien no puede desempeñar las funciones de tal. No hay pobreza, trabajos, ni respetos humanos que le dispensen de mantener a sus hijos y educarlos por sí mismo; puedes creerme, lector; a cualquiera que tenga entrañas y desatienda tan sacrosantos deberes, le pronostico que derramará largo tiempo amargas lágrimas sobre su yerro y que nunca encontrará consuelo.» (Rousseau, Emilio, pág. 17.)

Las lecturas de típico sabor regional en las que se describen usos y costumbres de otras regiones u otros pueblos que no son el suyo, le ilustran y preparan para sus viajes. Haz viajar a tu hijo; si eres español, no necesita salir de España; en cualquier rincón de ella que te detengas encontrarás un trozo de historia, un monumento, una obra de arte, el relato de un episodio, algo, en fin, que te sirva para ir aumentando la cultura de tu hijo: un español que conozca bien España, puede desplazarse después al extranjero, sin temor alguno de asombro, ni al ridículo; sabrá respetar y será respetado.

De las novelas, ninguna interesa al niño excepto a las que me he referido; quien a esta clase de lecturas se aficiona, concluye por deshechar las demás: en cuanto se enfrenta con algo serio y reflexivo, el tedio y el sueño le invaden, vuelve a sus lecturas favoritas y lentamente se va convirtiendo en un adocenado, y, si exquisito tacto se necesita para elegir las lecturas de un niño, más importancia tiene cuando de una niña se trata; la transigencia suele tener fatales consecuencias. La educación de la mujer es mucho más importante que la del hombre; si llega a cumplir la misión augusta de la maternidad, necesita que desde su adolescencia se hayan preocupado de proporcionarle conocimientos no elementales, sino bien completos, de Puericultura y Psicología infantil, pues no hay que olvidar que, además de las funciones higiénico-dietéticas que ha de dirigir, «la educación empieza en la cuna» y «la educación compete a las madres», y mal se va a llevar a cabo esta función, si no se está sólidamente preparado para ella. Por otra parte, no todas tienen la fortuna de poder constituir un hogar; muchas tienen necesidad de ganarse el sustento por sí mismas o, como sucede actualmente, sustituir al compañero que se llevó las necesidades de la guerra, y éstas sí que necesitan haber tenido un buen guía para la selección de sus lecturas y de ellas haber sacado un espíritu serio y bien templado para enfrentarse con los resabios masculinos de la época «romántica» y «donjuanesca».

El día que los hombres sepan respetar y apreciar a la mujer en su gran valer, viendo en cada una de ellas a su madre, la humanidad habrá dado un gran paso para su perfeccionamiento.

Padre y lector, no heches a humo de pajas estos consejos que te he dado. Alterna sabiamente los estudios de tu hijo con las lecturas adecuadas, que unido a una inteligente y bien dirigida cultura física, puedas hacer de tu hijo un ciudadano ejemplar y encontrarás en tu vejez los sabrosos frutos de tu obra.



*D. J. Martín Pico*